

## **Olga Orozco: mirar el mundo desde la región**

*Dora Battistón*

### **Resumen**

El concepto de región, vinculado a la literatura, determina controversias y posturas antagónicas. La cuestión de la identidad reaparece a través de diversos momentos históricos y expresa actualmente una nueva antinomia entre las culturas nacionales y la idea de globalización. Región es entendida por la nueva crítica, que proviene de las provincias, como aquello que el sujeto percibe como pertenencia cultural y como el discurso que pone en juego a partir de esa realidad. En la literatura de Olga Orozco, la relación dialógica con el ámbito originario -pampeanidad- asume las formas de la reminiscencia, el temple emocional de la lírica o las actualizaciones de una narrativa que mimetiza los primeros años en el sitio natal. Los elementos de ese paisaje se constituyen como espacios referenciales que marcan y atraviesan gran parte de su obra y orientan el discurso simbólico hacia la superación del regionalismo costumbrista.

Palabras clave: región, literatura, Olga Orozco, cultura, identidad.

### **Olga Orozco: to look at the world from the perspective of the region**

#### **Abstract**

Regionalism is positing new debates in the literary field. Identity, for example, has reappeared and is now putting forward a new controversy to the already established problematics of national cultures and globalization. Recent criticism with an origin in the Argentine provinces understands the region as that with the subject perceives as a site of cultural belonging and the discursive processes that are derived from that particular positioning in reality. In the literature of Olga Orozco, that dialogical relationship with the region materializes itself through reminiscences, through the emotional tone of the poetry and through a narrative that always revisits the beginnings, the elements of the regional landscape thus acting as ubiquitous referential frameworks that takes Orozco's oeuvre to positively overcome regional costumbrism.

Key words: region, literature, Olga Orozco, culture, identity.

### **Olga Orozco: olhar o mundo a partir da região**

#### **Resumo**

O conceito de região, vinculado pela literatura, determina controvérsias e posturas antagónicas. A questão da identidade reaparece através de diversos momentos históricos e

expressa atualmente uma nova antinomia entre as culturas nacionais e a idéia de globalização. Região é entendida pela nova crítica, que provém das províncias, como aquilo que o sujeito percebe como pertencimento cultural e como o discurso que põe em jogo a partir dessa realidade. Na literatura de Olga Orozco, a relação dialógica com o âmbito originário - pampeanidade- assume as formas da reminiscência, a disposição emocional da lírica e as atualizações de uma narrativa que mimetiza os primeiros anos na localidade natal. Os elementos dessa paisagem se constituem como espaços referenciais que marcam e atravessam grande parte de sua obra e orientam o discurso simbólico rumo à superação do regionalismo costumeiro.

Palavras chave: região, literatura, Olga Orozco, cultura, identidade.

*Con un país, con la franja verbal y nativa visible que nos ha sido dada, debemos hacer una literatura; el país es, a veces, enigmático.*  
Pere Gimferrer

El examen de la obra de Olga Orozco conduce, en algunos de sus aspectos, a la cuestión del regionalismo literario. Puesto en discusión este criterio, surgen casi espontáneas las oposiciones habituales: regionalidad/regionalismo, nación/región, centro/periferia, capital/provincias, nacional/universal, y así sucesivamente. Por su parte, la consideración de las producciones de artistas y escritores locales incide en la idea de que cada comarca, expresada en esa constelación de sentidos que podríamos entender como cultura, mantenga su impronta entre los rasgos significativos que aporta al conocimiento, a las tecnologías, a las prácticas de supervivencia, al saber comunitario aplicado a la vida desde el umbral mismo de los quehaceres, y al lenguaje de la cotidianidad. Esta pulsación de una sociedad es seguramente la que determina la marca de la identidad, valorizada desde algunas posturas como única frontera posible al avance de las grandes corrientes de las culturas impuestas desde los países centrales; único límite, porque en ese saber comunitario residiría lo sustantivo de la experiencia universal.

Así parece sugerirlo un pequeño ensayo de Paul Ricoeur (1961), “Civilización universal y culturas nacionales”:

La civilización mundial es un bien porque representa el acceso de las masas humanas a los bienes elementales [...] Pero, por otra parte, es necesario confesar que este mismo desarrollo presenta un carácter contradictorio. Este fenómeno de universalización constituye al mismo tiempo una promoción de la humanidad y una suerte de sutil destrucción, no sólo de las culturas tradicionales, lo que no sería quizás un mal irreparable, sino lo que llamaría, provisoriamente, el núcleo creador de las grandes civilizaciones y de las grandes culturas, núcleo a partir del cual interpretamos la vida [...], el núcleo ético y mítico de la humanidad. (Ricoeur 1961: 8)

De esta dicotomía surge una conclusión: ninguna cultura podría soportar ni absorber el impacto de la civilización mundial, con lo que se estaría arriesgando nada menos que ese sustrato de imágenes y símbolos en el que atisba el secreto de la diversidad humana. El hecho es que, cuando se plantean los debates acerca de la globalización, podemos acudir a esa idea de Ricoeur, que habría que volver a interrogar.

En los ámbitos académicos se reiteran estas controversias y se instalan determinadas posturas teóricas que parcializan la cuestión y la ubican en el campo más acotado de la literatura, donde también estas oposiciones –nacional/universal, regional/nacional– ocurren con frecuencia y hasta con cierta hostilidad, como si se tratara de una cuestión personal y hubiera que diferenciarse y tomar una postura que acepta o rechaza, o exalta o denigra las expresiones localizadas de la cultura. Esto resulta, por lo menos, estimulante para quienes trabajamos en estos campos.

Aunque travestida con los valores y la problemática de cada momento histórico, la cuestión, no obstante, viene de lejos. Estuvo presente en la vida intelectual argentina –o americana– desde los comienzos, acaso desde aquella primera conciencia de ser distintos que experimentaron los mismos españoles en América: eran europeos, pero estaban aquí, y entonces ya se percibían ellos mismos como otros, como diferentes; de hecho, los cronistas, en un tipo de descripción del entorno que parte del extrañamiento ante un mundo insólito en muchos sentidos, anticipan el enfoque localista del siglo XIX. Precisamente, los críticos deciden filiar el origen de la problemática con la joven generación romántica de 1837: Esteban Echeverría había desembarcado en el puerto de Buenos Aires, traía en sus valijas –según la metáfora– nada menos que el romanticismo, y definió la literatura nacional como la materia verbal capaz de representar el paisaje, las circunstancias y las costumbres locales. Claro que es una mirada europeizada que se apropia simbólicamente de la geografía y da nombre al desierto donde parece que antes no había más que inmensidad, al tiempo que se diferencia voluntariamente de la gauchesca, que también representaba las costumbres locales, pero de otro modo, esto es, con otro lenguaje. En 1888 Joaquín V. González publica *La tradición nacional* y abre a la poética nativista un espacio largamente frecuentado, hasta mediados del XX, diríamos, momento de crisis para estos modelos. Otra manera de ver el fenómeno se advierte en el grupo de escritores jóvenes que intentan una narrativa posregional en las décadas del setenta y ochenta. Movimientos poéticos como Tarja y La Carpa, en el Noroeste argentino, desde la lírica habían ya extendido sus raíces renovadoras al país, y llegan incluso a Buenos Aires con voces muy altas. Pero también la crítica ha evolucionado, y advierte la necesidad de revalorizar las producciones a través de otras ópticas. Particularmente, en centros como Santa Fe y Córdoba, los estudios regionales cristalizan, desde el campo teórico, en trabajos de envergadura que contribuyen a perfilar la idea de una regionalidad superadora del ‘paisajismo’ y abierta a nuevos enfoques; una actitud que revaloriza, por ejemplo, la literatura de la década del sesenta como generadora de una nueva lectura del hombre y de la tierra americana.

Para esta nueva crítica, la noción de cultura aparece inevitablemente unida a la de región: cultura se define como el hacer individual o social en una región, situada en un espacio y en una historia. Región, en tal sentido, es el lugar de realidad, lo que el sujeto entiende socialmente como su pertenencia cultural, y también como el discurso que pone en juego a partir de esa realidad. Por cierto que en muchos casos, dentro de esa dinámica de permanente tensión con lo que se denomina ‘el interior’, la metrópolis toma el discurso regional y lo inserta en sus propios mapas de significación, con lo que estaría produciendo una suerte de vaciamiento en algunos textos, mientras otros mantienen la fidelidad a sus referentes originarios.

Esta joven crítica, que parte precisamente de las provincias, entiende que la idea de región tiene que configurarse como identidad semántica a partir de espacios mentales o

de conocimiento, de cosmovisiones y de proyecciones comunitarias, y que esta identidad se manifiesta en discursos, esto es, “pulsaciones rítmicas de una cultura situada regionalmente”, tal como lo entiende Pablo Heredia (1994: 27) en Córdoba, o referentes de un sistema cultural, según el santafesino José Luis Vittori:

Detrás de cuanto escribimos hay un paisaje, la gente que lo habita, ocupaciones, fiestas, ceremonias, ritos, modos de vivir y pensar que, desde el fondo de la memoria colectiva, trazan la carta de nuestro mundo, expresándolo en las imágenes literarias. Y es aquí donde entra la región [...]. No tanto la región geográfica como conocimiento, como zona científicamente abordable, sino el territorio vivido, la población frecuentada, el ‘micromundo’ del cual absorbemos infinidad de elementos en forma inmediata y espontánea. (Vittori 1986:142)

Pablo Heredia (1994), por su parte, a partir de conceptos de Lotman acerca de la semiótica de la cultura, postula el texto a modo de entramado de significados sociales e históricos que determina el discurso literario como una cosmovisión que habla a través de la voz de un narrador constituido como sujeto cultural. La región que origina este discurso instala entonces su impronta en los marcos mayores de la cultura, entendida como macrouniverso.

Una figura del campo intelectual de La Pampa, Edgar Morisoli (1979), postula, de modo análogo, la ‘pampeanidad’ (p. 5) como un estilo, una gestualidad, algo que pasa más bien por la metafísica de la planicie, y no por una suma de características físicas o costumbristas. Este diálogo de la gente con su lugar va más allá del tiempo que se haya vivido en un determinado medio o paisaje. Es la impronta que ese lugar deja en el alma del individuo lo que perdura a través de otras regiones, otros caminos, y alcanza dimensión estética en los textos. Muy distante de exotismos y de la consideración costumbrista de la literatura de la provincia, este autor ha señalado más de una vez el valor de resistencia que representa este patrimonio cultural identitario frente al avance de la globalización (Morisoli 1997).

### **La mirada que instala el tópico de la identidad**

Estas aproximaciones conceptuales pueden conducirnos a los territorios ficcionales de una escritora metropolitana que, en un gesto de apropiación simbólica, decidimos leer como poeta de la región, o más precisamente de la provincia. Y esto no sólo en virtud de su nacimiento en Toay y de la infancia allí vivida, sino en función de la presencia de este lugar en la totalidad de su obra.

En tal sentido, la problemática del regionalismo, superado en función de una regionalidad inherente a la presencia del lugar originario en numerosas ocasiones, se determina en el carácter de la *mimesis* poética.

Desde la década del sesenta, a través de las nuevas perspectivas del sistema literario latinoamericano, Orozco y otros escritores de su generación abordan la construcción de la infancia en el texto poético; estas versiones presentan caracteres propios de lo fantástico, pero también un retorno a los orígenes que connota cierta experiencia mítica. En tal punto, el concepto de región, referido al arte, asume su carácter conflictivo, ya que, si se toma en cuenta “el canon regional” (Hoefler 2005: 172), las imágenes, el campo de la reflexión y la naturaleza abstracta de gran parte de estos textos excederían largamente la representación pura y limitada de los espacios regionales.

Sin embargo, a partir de un enfoque más amplio y superador, puede verificarse que, en la literatura de Olga Orozco, aquella relación dialógica con el ámbito originario señalada por Morisoli asume las formas de la reminiscencia, el temple emocional propio de la lírica, o las actualizaciones más diáfanas y precisas con que la memoria rescata y delimita una narrativa que mimetiza los primeros años de vida en Toay, un sitio en la llanura.

En las páginas de su primer libro, *Desde lejos* (1946), el poder constructivo de las imágenes trae la llanura. En cambio, las narraciones –*La oscuridad es otro sol* (1967) y *También la luz es un abismo* (1995)– logran articular los laberintos de la memoria mediante el hilo de la fábula, un hilo de oro tal vez, como el de Ariadna, evocada puntualmente en uno de los relatos, “Soltando hilo”.

El fenómeno interesante aquí es la vivencia literaria del presente tanto en la prosa como en los poemas: la realidad representada transcurre, esto es, sigue transcurriendo, acorde con ese extraño modo de la temporalidad textualizado y justificado como permanencia de las edades en el centro del ser. Estas regiones entonces han decidido la mirada que se arroja sobre el mundo, atraviesa todos los otros lugares en que se vive, marca los itinerarios poéticos y convierte en ilusorio el tiempo de los viajes. Algunas citas de *De desde lejos* corroboran tal modo de representación.

*A veces sólo era un llamado de arena en las ventanas,  
una hierba que de pronto temblaba en la pradera quieta,*

.....  
*... a veces, sólo el viento.*

(“Lejos, desde mi colina”, vv 1-2 y 6)

*Son los seres que fui los que me aguardan*

.....  
*Están aquí, reunidas alrededor del viento,*

.....  
*las fugitivas niñas de la sombra que los atardeceres reconocen,  
las mágicas amigas del matorral y de la piedra temerosa.*

(“Quienes rondan la niebla”, vv 7, 14 y 29-30)

Voces y tonos traducen el presente mediante imágenes fundantes, primigenias. El olvido siempre tendrá la medida de esas extensiones que la primera mirada quiso abarcar

inútilmente. Las distancias que se abren entre los seres serán aquellas distancias desde donde la infancia calculó la nada examinando el paisaje de la llanura. La arena marcará siempre el devenir, la filtración imperceptible y continua del tiempo en el monótono mecanismo de la existencia. El viento será esa fuerza mutante donde lo que fue retorna una y otra vez, a modo de sueño o fantasma. Cielos, médanos y tormentas se convertirán, más allá de la denotación inmediata, en verdaderas figuras de significación y coordenadas metafóricas que atraviesan la totalidad de los textos.

*Tal vez sean los vientos, que silenciosos cruzan los sitios donde amamos,  
quienes van recogiendo nuestras mismas imágenes de antaño  
—¡tanta sombra que aún nos sobrevive!—  
para poblar los sueños.*

(“Detrás del sueño”, vv 1-4)

.....  
*Allí el viento conoce desde antes que nosotros  
ese fulgor dichoso que nos cubre la piel,  
ese dulce...porvenir tan antiguo como el primer recuerdo  
que reposa encendido bajo la gran ceniza de la tierra natal.*

(“Entonces, cuando el amor”, vv 30-34)

Más allá de las temáticas y aun de la retórica, los textos de Olga Orozco remiten, en las zonas más profundas, a ciertos espacios mentales tal vez arquetípicos, cuyos desarrollos adquieren formas mitológicas. En las narraciones se reelabora un mundo paradigmático; se trata de reconstruir y recuperar los modelos instituidos por la infancia misma —una sociedad, un medio, un paisaje— a partir de esquemas míticos previos que se aplican a la búsqueda de ciertas claves o símbolos que cifran la idea de destino en la identidad colectiva; una alusión étnica, la *gens*; una idea casi sacralizada que no transfiere sino ocasionalmente los registros del habla porque todo el material mítico del relato parte de la memoria de la narradora, y toda la tensión se establece entre el presente de quien enuncia y la carga emotiva del pasado no ya evocado sino actualizado en la elección épica, en el gesto que decide cómo va a contar.

*Es un pueblo disperso por áridas distancias*  
.....

*aquel que se levanta, tan obstinadamente,  
como si en esos gestos repetidos a lo largo de sueños y desvelos,  
guardáramos, también, la esperanzada imagen de todos nuestros gestos,  
su lejano destino.*

(“Un pueblo en las cornisas”, vv 1 y 3-6)

Aquí se evidencia un rasgo que identifica la poética de Orozco: a diferencia de otros escritores, en que aparece como nostalgia o exaltación, pintoresquismo o parodia, en sus

textos la regionalidad se determina por sublimación. Y si en los relatos se advierte alguna forma paródica, ésta se traduce en cierta ironía no lejana del bloqueo emocional que, análogo al cerco de tamariscos aludido en *También la luz es un abismo* (1995), envuelve la materia narrada.

La imagen literaria, en los poemas, parece surgir de un mundo perdido, y sin embargo se impone como realidad. Un análisis de los significados deja advertir de inmediato la persistencia de las imágenes de despojo transferidas a una retórica paradójicamente muy rica. La región ha dejado marcas de intemperie, supervivencia, invalidez, estoicismo y permanente combate con el tiempo y con el lenguaje. Su obsesión es la palabra, y, sin embargo, ésta da cuenta siempre de una derrota, derrota claramente filiada con el primer paisaje.

*Yo nací con vosotras, incesantes arenas,  
en un lugar donde los días tienden sus flores cenicientas  
como si sólo fueran recuerdo de algún sueño,*

.....

*Es la región medida por llorosos derrumbes,  
una llanura, al sur,  
bajo el triste sopor de lentísimos cielos.*

*Allí pasan flotando las grandes estaciones,  
los transidos inviernos con un halo de pálidas escarbas,  
con los cardos errantes que alimentan las bogueras de junio  
durante largas noches ataviadas de terror y leyenda*

.....

*En tanto levantáis,  
insaciables arenas,  
médanos fugitivos que cumplen en el viento un sombrío destino,*  
("Donde corre la arena dentro del corazón", vv 1-2, 5-11 y 31-33)

Una y otra vez –en este caso en “Anotaciones para una autobiografía” (1998: 302)– Orozco ha referido su historia personal y poética en directa relación con el lugar de origen.

*Con sol en Piscis y ascendente en Acuario, y un horóscopo de estrategia en derrota y enamorada trágica,  
nací en Toay (La Pampa), y salí sollozando al encuentro de temibles cuadraturas y ansiadas conjunciones  
que aún ignoraba. Toay es un lugar de médanos andariegos, de cardos errantes, de mendigos con collares  
de abalorios, de profetas viajeros y casas que desatan sus amarras y se dejan llevar, a la deriva, por el  
viento alucinado. Al atardecer, cualquier piedra, cualquier pequeño hueso, toma en las planicies un  
relieve insensato. Las estaciones son excesivas y las sequías y las heladas también. Cuando llueve, la  
arena envuelve las gotas con una avidez de pordiosera y las sepulta sin exponerlas a ninguna curiosidad,  
a ninguna intemperie. Los arqueólogos encontrarán allí las huellas de esas viejas tormentas [...]   
Cualquier radiografía mía testimonia aún ahora esos depósitos irremediables y profundos... Algunas  
veces un tren atraviesa mi cuarto y debo levantarme a deshoras para dejarlo pasar.*

Diríamos entonces, para concluir, que los espacios referenciales que orientan el discurso simbólico –literario en este caso– son esas regiones geoculturales que definen el lugar –para Olga Orozco, el origen, tomado en un sentido metafísico de advenimiento en el

orden cósmico: Toay, La Pampa, el mundo—. Los relatos aluden al entorno: en este caso ni siquiera el pueblo sino una casa en la llanura. La que escribe ha realizado entonces una abstracción: ha despegado su casa, el mundo interior, el gineceo rodeado por el jardín —seguramente el Edén, comienzo y fin de la existencia— y la ha proyectado con un valor de destino individual dentro de la historia familiar. De modo que la morada inicial se desplaza hacia una llanura siempre misteriosa, donde cada mínimo elemento adquiere el valor de una revelación, y cuando los personajes parten de la casa se dirigen a lugares nunca dominados por la costumbre sino revestidos de un valor simbólico, a la manera de los viajes iniciáticos. Operan el juego, las historias siempre tangenciales con la leyenda o la literatura, los rezos, los conjuros, los gestos iterativos, los misterios inquietantes. Pero interesa aquí, sobre todo, advertir hasta qué punto todos estos elementos están dependiendo, en un modo abstracto, del paisaje, del enclave en la llanura, de la mirada que parte desde allí para llegar a todas partes.

### Bibliografía

- Heredia, P. (1994). *El texto literario y los discursos regionales*. Córdoba: Argos.
- Hoeffler, V. W. (2005). “El canon de la literatura regional”. En *La firma en blanco*. Valdivia: El Kultrún.
- Kusch, R. (1976). *Geocultura del hombre americano*. Buenos Aires: García Cambeiro.
- Lotman, I. (1966). *La semiósfera I*. Madrid: Cátedra.
- Morisoli, E. (1979). “Umbral”. En Nervi, J. R., *Rastro en la Sal*. Santa Rosa, La Pampa: La Arena.
- \_\_\_\_\_ (1988/89). *Aproximación al concepto de región*. Seminario de Literatura Regional N° 1. Santa Rosa, La Pampa: Secretaría de Cultura y Extensión Universitaria, Universidad Nacional de La Pampa.
- \_\_\_\_\_ (1997). “Identidad cultural, universalidad y ‘globalización’. Llamamiento a los creadores”. Contribución al Décimotercer Encuentro de las Letras Pampeanas ‘José Escol Prado’. Guatraché, La Pampa.
- Orozco, O. (1946). *Desde lejos*. Buenos Aires: Losada.
- \_\_\_\_\_ (1967). *La oscuridad es otro sol*. Buenos Aires: Losada.
- \_\_\_\_\_ (1995). *También la luz es un abismo*. Buenos Aires: Emecé.
- \_\_\_\_\_ (1998). *Relámpagos de lo invisible*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Ricoeur, P. (1961). “Civilización universal y culturas nacionales”, *Esprit*. Traducción de Ricardo M. García, Universidad Nacional de La Pampa, Facultad de Ciencias Humanas, Santa Rosa, 1982, a partir del texto de la segunda edición de Paul Ricoeur, *Histoire et vérité*, París, Du Seuil (1964).
- Vittori, J. L. (1986). *Literatura y Región*. Santa Fe: Ediciones Colmegna.

Fecha de recepción: 04/03/2007 • Fecha de aceptación: 17/07/2007